

**Excelentísimo Profesor Dr. h. c. multi Fabrizio Santos,
ilustres miembros del Instituto Gotland Group,
autoridades, académicos, escritores, amigos,
mi querida familia, señoras y señores:**

El camino fue trazado para siempre seguir andando...

Nunca imaginé que el primer escrito que hice para mi madre, siendo una pequeña niña tucumana de apenas 8 años, terminaría trayéndome hasta este instante: Hoy no recibo solamente un título. Recibo el abrazo de todos los caminos que me trajeron hasta aquí.

Recibo hoy este **Título de Notorio Saber en Literatura Latinoamericana** con el corazón lleno de gratitud, pero también con una profunda conciencia de responsabilidad. No lo recibo como quien llega al final de un camino, sino como quien se detiene un instante bajo la sombra generosa de un viejo algarrobo del norte argentino que ha visto pasar generaciones, donde se mira hacia atrás, se reconoce sus huellas, agradece el trayecto y vuelve a ponerse de pie para seguir andando. Por que justamente en este exacto momento de mi vida me encuentro literalmente levantándome de nuevo, poniéndome de pie para reiniciar el camino que siempre se me ha dibujado en mi frente.

Hace muchos años, cuando escribí mi primer libro, yo creía que estaba eligiendo un camino. Nací en Tucumán, en esa tierra donde el aire trae perfume de limoneros y sabor de miel de caña, donde los cerros parecen custodiar la memoria de los pueblos, donde la zamba y la baguala enseñan que también el silencio puede cantar. No sabía entonces que aquellas primeras palabras, "Las flores de mi camino", surgieron con la sencillez de la infancia, iban a acompañarme durante toda la vida. No imaginaba que escribir sería una forma de comprender el mundo, de abrazarlo, de interrogarlo y también de servirlo.

Con los años entendí que no fui yo quien eligió la palabra. Las palabras llegaron antes que mis certezas. Me encontraron cuando todavía no comprendía que escribir era también una forma de cuidar. Con el tiempo entendí que la literatura podía abrazar donde la medicina no alcanzaba, y que la ciencia podía explicar aquello que la poesía ya había intuido. Fue la palabra la que me eligió a mí. Fue el camino el que me llamó, como llaman las sendas antiguas de nuestra América Latina: sin ruido, pero con destino. Y hoy comprendo que nunca caminé sola. Cada paso de mi vida fue sostenido por manos visibles e invisibles: manos que enseñaron, manos que corrigieron, manos que curaron, manos que levantaron, manos que rezaron por mí cuando el cansancio parecía más grande que las fuerzas.

Por eso, antes de pronunciar cualquier otra palabra, elevo mi gratitud a Dios. A Él le debo el don de la vida, el amor por la palabra, la sensibilidad ante el dolor humano, la vocación por el conocimiento y la certeza de que ningún saber alcanza su plenitud si no se pone al servicio de los demás. Con el tiempo aprendí que estudiar es un privilegio, enseñar es una misión, escribir es una forma de sembrar, pero servir es una elección diaria. Y es esa elección la que da sentido a todo lo demás.

Agradezco profundamente a mis padres. Todo lo que soy comenzó mucho antes de los libros, de las universidades, de los títulos y de los reconocimientos. Comenzó en casa, en la educación de valores, en la palabra dada, en la humildad de lo simple, en la verdad aprendida como norma de vida. De ellos aprendí que el carácter es el único patrimonio que verdaderamente nos pertenece, que la perseverancia puede abrir puertas donde parecía no haber caminos, y que la dignidad no se negocia. Si algún mérito existe en mi trayectoria, nació allí, en esa raíz primera que me sostuvo aun en los días más difíciles.

A mi esposo, Bismark Rosales Rojas, mi compañero de vida, de sueños y de desafíos, le entrego mi gratitud más íntima. Gracias por comprender mis silencios, mis noches de estudio, mis ausencias necesarias, mis tiempos de escritura y mis búsquedas interiores. Gracias por caminar a mi lado sin apagar mis sueños, por acompañar mis luchas y por estar presente en esa forma serena del amor que no siempre necesita grandes palabras, porque se reconoce en la permanencia.

A mis hijos, Daniel Matías y Adrian Emanuel, les digo que cada página escrita, cada investigación, cada viaje, cada proyecto y cada desvelo tuvo siempre un sentido mayor. Tal vez muchas veces no comprendieron mis ausencias, pero deseo que sepan que en cada esfuerzo había una esperanza: contribuir, aunque sea modestamente, a un mundo más humano para ustedes y para quienes vendrán después. Ustedes son parte viva de mi camino, parte de mi fuerza y de mi razón de seguir.

A mis hijos de corazón, aquí representados en el nombre de Pam, gracias a cada uno de ellos por enseñarme que la familia no siempre nace de la sangre. A veces nace de la elección, de la presencia, del afecto que permanece, del abrazo que llega en el momento justo. Y a mis amados nietos, Agron y Logan, les entrego una parte muy profunda de este reconocimiento. Cuando escribo, pienso en ustedes. Pienso en las infancias que heredarán el mundo que hoy estamos construyendo. Deseo que encuentren libros capaces de despertarles esperanza, palabras que no hieran sino que iluminen, maestros que les enseñen a pensar y corazones que les enseñen a amar.

Existen personas que reconocen solamente las obras. Otras saben reconocer las trayectorias. Pero son muy pocas las que saben reconocer los valores que sostienen esas mismas trayectorias. Profesor Fabrizio Santos, gracias por haber mirado precisamente aquello que no siempre aparece escrito en un currículum. Siendo implícitamente repetitiva para destacar, expreso nuevamente mi sincera gratitud al Profesor Dr. h. c. multi Fabrizio Santos. Gracias por mirar una trayectoria no solamente desde lo producido, sino desde los valores que se intentó sostener. Gracias por comprender que la literatura no es apenas estética, sino también testimonio, memoria, dignidad y servicio. Al Instituto Gotland Group, mi profundo reconocimiento por valorar el conocimiento, la cultura, la educación y la dignidad humana en cada paso pequeño, mediano o grande que pude dar hasta aquí, en mi cotidiana y simple vida.

Recibo esta distinción sabiendo que no me pertenece solamente a mí. Pertenece también a mis maestros, a mis alumnos, a mis abuelos, mis tios, a mis sobrinos, a mis hermanos, a mis pacientes, a las comunidades que me acogieron, a los colegas escritores, a los investigadores, a los amigos, a todos aquellos que alguna vez dejaron en mí una palabra, una pregunta, una crítica, una enseñanza, un abrazo o incluso un silencio. Porque nadie escribe solo. Ningún libro nace únicamente de las manos de su autor. Toda obra se construye con las vidas que nos atraviesan.

Desde Tucumán hasta Corumbá aprendí que la identidad no es una frontera cerrada, sino una casa con muchas ventanas. Soy hija de una tierra argentina, latinoamericana y profundamente humana. Vengo del norte argentino, de esa región donde la memoria camina despacio, donde la Pachamama todavía nos recuerda que no somos dueños de la vida, sino parte de ella. Y desde esa raíz fui caminando otros territorios, otras lenguas, otras culturas, otras heridas y otras esperanzas. Así comprendí que la literatura latinoamericana no es una sola voz: es un coro. Es la voz del niño, del anciano, del campesino, del indígena, de la madre, del migrante, del enfermo, del

maestro, del poeta y del pueblo que no se resigna: todas esas voces terminan encontrándose en un mismo río llamado América Latina.

Escribí desde niña creyendo que escribía historias. Hoy sé que esas historias también me estaban escribiendo a mí. Vinieron los poemas, los cuentos, las canciones, los libros, las investigaciones, las aulas, los hospitales, los derechos humanos, las comunidades, las fronteras. Y mirando hacia atrás descubro que nunca caminé por caminos separados. Siempre fue un mismo sendero: literatura, ciencia, arte, educación, espiritualidad y servicio unidos por una misma pregunta: ¿Cómo podemos cuidar mejor al ser humano? ¿A nosotros mismos?

Tal vez esa haya sido, después de todo, la verdadera obra de mi vida: no solo escribir libros, sino intentar transformar cada palabra en encuentro, cada aula en esperanza, cada investigación en servicio, cada poema en refugio, cada gesto en paz. Porque el conocimiento que no humaniza se vuelve incompleto. Y la palabra que no toca la vida, tarde o temprano se queda vacía.

En este momento recuerdo al Martín Fierro¹, cuando José Hernández² escribió: “Los hermanos sean unidos, porque esa es la ley primera”. Esa frase, tan nuestra, tan criolla, tan profunda, resume también mi manera de entender el conocimiento. Nadie aprende solo. Nadie crece solo. Nadie llega verdaderamente lejos si olvida a los otros. Aprendemos en comunidad, aprendemos compartiendo, aprendemos escuchando, aprendemos reconociendo en el otro a un hermano del camino.

Por eso, este Notorio Saber no representa para mí la certeza de saberlo todo. Al contrario, representa la alegría de seguir aprendiendo. Representa el privilegio de continuar siendo discípula de la vida. Cada día encuentro a alguien que sabe algo que yo ignoro: una niña, un anciano, un paciente, un alumno, un agricultor, una madre, un poeta, un científico. Todos llevan un fragmento de verdad. Todos pueden ser maestros cuando aprendemos a escuchar.

Hoy siento que esta honraria no cierra una etapa. La abre. Me comprometo a continuar estudiando, escribiendo, investigando, escuchando y sirviendo. Me recuerda que una palabra puede consolar, que un libro puede despertar conciencias, que una clase puede transformar destinos, que una mirada compasiva puede salvar una vida del abandono y que un gesto de bondad puede iluminar una jornada entera.

Vuelvo entonces a mirar a aquella niña tucumana que escribió sus primeras palabras sin saber que estaba comenzando una larga travesía. La miro con ternura. Ella creía que iniciaba un camino personal, pero hoy sé que ese camino nunca fue solamente mío. Fue el de mis padres, el de mi familia, el de mis maestros, el de mis hijos, el de mis nietos, el de mis comunidades, el de mis pueblos, el de mi América Latina.

Y desde lo más profundo de mi alma, también escucho la voz inmensa de nuestra Negra Mercedes Sosa³ cuando cantaba: “Cambia, todo cambia”⁴. Sí, todo cambia. Cambian los tiempos, los territorios, los nombres, los escenarios. Pero hay algo que no

¹ *El gaucho Martín Fierro*.

² *La vuelta de Martín Fierro*.

³ Popularizada internacionalmente por Mercedes Sosa

⁴ *¿Será posible el sur?*

debe cambiar nunca: la fidelidad a la verdad, la humildad ante el conocimiento, la gratitud ante la vida y el compromiso de servir.

Recibo este título, entonces, como quien recibe una luz para alumbrar mejor el camino de otros. Que Dios me conceda humildad para seguir aprendiendo, coraje para seguir sirviendo, serenidad para seguir escuchando y sabiduría para no olvidar jamás que el verdadero conocimiento florece cuando se comparte.

Que Dios bendiga a cada uno de ustedes, a mi familia, a quienes me acompañan hoy y a quienes seguirán caminando conmigo en el futuro. Que Dios bendiga nuestra América Latina, su literatura, sus pueblos, sus heridas y sus esperanzas.

Si dentro de muchos años alguien preguntara qué hice con este reconocimiento, quisiera que la respuesta no fuera una lista de libros publicados ni de títulos recibidos. Quisiera que alguien pudiera decir simplemente: caminé junto a nosotros; escuchó cuando fue necesario escuchar; enseñó cuando pudo enseñar; aprendió cuando tuvo que aprender; y nunca dejó de creer que el conocimiento solo encuentra sentido cuando se convierte en servicio. Porque el conocimiento no es un lugar al que llegamos. Es una senda por donde aprendemos a caminar juntos.

Muchas gracias. Que Dios complete con su amor aquello que mis palabras nunca alcanzarán a decir.

Dra. h.c. multi. Alicia Viviana Mendez
San Miguel de Tucumán,
Tucumán,
Argentina

Referencias

1-**Hernández, J.** (1872). *El gaucho Martín Fierro*. Buenos Aires: Imprenta de La Pampa. Obra fundacional de la literatura gauchesca argentina. Edición digital disponible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante: [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes – El gaucho Martín Fierro](#).

2-**Hernández, J.** (1879). *La vuelta de Martín Fierro*. Buenos Aires. Edición digital disponible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes – La vuelta de Martín Fierro](#).

3-**Numhauser, J.** (1982). *Todo cambia* [Canción]. Compuesta durante el exilio del autor en Suecia. Popularizada internacionalmente por Mercedes Sosa en el álbum *¿Será posible el sur?* (1984), editado por Philips. Información histórica disponible en: [Todo cambia – historia de la canción](#).

4-**Mercedes Sosa.** (1984). *¿Será posible el sur?* Philips. Interpretación de «Todo cambia», obra de Julio Numhauser. Registro oficial de la interpretación disponible en: [Mercedes Sosa – Todo cambia \(video oficial\)](#).